

de las que ocuparon los zuavos el día 19 y al frente establecieron dos minas, cuya explosión derribó gran parte de los edificios contiguos á la calle del Pitiminí.”

¿Con que la explosión *sobrecogió de temor á todos pensando que la catástrofe era obra de los juaristas que no se detenían en medios*, y razón había entonces para alarmarse?

¡Ah! sí; *más á poco se supo la verdadera causa, y como los franceses debían atacar el convento de Santa Inés, para lograrlo con mejor éxito (que no obtuvieron) era necesario prender fuego á dos minas que derribaran los edificios contiguos á la calle del Pitiminí.*

Por supuesto los ánimos de los perjuros y de los criminales se tranquilizaron al saber que los juaristas no eran los autores de la catástrofe y ya no se alarmaron, puesto que encontraron *necesario* que sus amigos derribaran varias casas, dando dolorosa muerte á familias indefensas y á heroicos y admirables soldados de la República.

¿Y éste es el hombre que se atreve á anatematizar á los defensores de la plaza, en la página 78 de su obra, cuando estos prendieron fuego á las manzanas ocupadas por el enemigo, sin embargo de que un incendio dá tiempo para escapar de las garras de la muerte y no puede compararse con la terrible explosión de un edificio minado? ¿Qué no hubiera dicho este hombre si el incendio hubiera causado una sola víctima en su campamento bendecido?

Leamos la descripción que hace de los perjuicios que nos causó la explosión, en cuya descripción tal parece que está estampada la sonrisa infernal del condenado.

“Esta escena fué verdaderamente espantosa: el 2º batallón de Toluca que se hallaba bajo las órdenes del teniente Coronel D. José M. Padrés, quedó en su mayor parte sepultado entre los escombros: los lamentos de innumerables heridos llenaban recintos tan

pavorosos, la sangre de aquellos infelices, mezclábase con el agua que á la sazón caía á torrentes, y á la luz de los relámpagos y á la que producían los disparos de los cañones, se veía un cuadro de los más tristes.

¿Aquí no hubo *plan inicuo*? no; el Ejército francés sí se paraba *en los medios*, y era necesario cometer un crimen para asegurar el éxito de una empresa que también era criminal.

La sangre de aquellos infelices (*¿no merecen otro título?*) se mezclaba con el agua que caía á torrentes, y á la luz de los relámpagos se veía un cuadro *triste (¿no más era triste?)*

Veamos como califica el rey de los perjuros un acto de los defensores que no tuvo consecuencias tan funestas; dice en las páginas 78 á 79:

“A las cinco de la mañana de hoy se dió orden de retirarse á los soldados que se hallaban altamente comprometidos en las manzanas sitiadas á espaldas del convento de San Agustín y frente del Hospital, previniéndoles expresamente que pusieran fuego á los edificios, *para evitar que en ellos se alojase el enemigo. (Téngase presente que era el UNICO mal que se causaba).*

Aquella *bárbara orden* fué cumplida en el instante: (*¡Que civilizadora fué la de hacer volar dos minas que sepultaron entre escombros á muchos infelices!*)

Estaba decretado que los pobres vecinos de esa parte de la ciudad no sólo debían verse reducidos á la miseria más terrible, sino que aquellos mismos que los desalojaron de su fortuna, les habían de quitar hasta el consuelo de volver á sus hogares cuando la guerra terminara.”

¿Y los vecinos que vieron *derribarse* (pág. 80) los edificios contiguos á la calle del Pitiminí bendecirían á los benefactores que les *quitaban* además de su libertad, *el consuelo de volver á sus hogares cuando la guerra terminara?*

He copiado con verdadero heroísmo de parte mía tantas palabras infames y tantos argumentos perversos, no para refutarlos, que tal honra no merecen; ellos serán el fantasma del odio que aleje de la tumba del excomulgado.

do al que se atreviera á colocar en el catafalco de un infame la flor de los recuerdos.

He copiado todo ese cúmulo de maldades, porque juntas con otras confesiones de aquel hombre, me servirán para ensalzar como es debido, el triunfo de nuestro mártir y valiente Ejército.

Dice Córdoba en la página 80:

“Don Felipe Berriozábal (*¿no era General?*) que con la primera División se encontraba en esa línea acudió desde luego al punto donde tal desgracia (*ahora es desgracia*) acababa de acontecer á uno de sus Batallones, y dejando de reserva una compañía del 8º de Jalisco en la calle de la Siempreviva, penetró hasta la gran brecha que habían abierto los franceses, con otra compañía del 8º de Toluca que personalmente mandaba el Coronel D. Juan Caamaño, y con dicha compañía y el resto del 2º Batallón que no fué sepultado entre los escombros (*¡vaya una sangre fría y un cinismo!*) organizó la defensa de la manzana *impidiendo* que los zuavos avanzasen en medio de un nutrido fuego de fusilería que duró por algún tiempo (*¿qué tal sería la heroicidad para arrancar esta confesión á Córdoba?*) Varias veces he llamado la atención de mis lectores acerca de la serenidad que en el combate tiene Berriozábal, y del orden en que mantiene á su gente; nada tiene por lo mismo de extraño que en esta ocasión (*¿en otras no?*) hubiera frustrado la intención de los sitiadores que, á encontrarse con algún otro de los sitiadores (*¿quizá Negrete, Díaz, Lamadrid, Ghilardi, etc.*), quizá hubiera sacado mayor ventaja de las minas. (*¿Entonces sacó alguna ventaja? Veremos lo que sigue diciendo Córdoba.*)

En efecto, así Berriozábal como los oficiales y soldados de la primera División mostraron un valor digno mil veces de mejor causa, (*¿como cuál; como la de sacudir el polvo con respeto á las botas de los invasores?*) batiéndose á pecho descubierto sobre los escombros, luchando á un tiempo mismo contra los franceses, las ruinas y el fuerte temporal, *y sin arredrarse porque estallando otra mina corriesen todos la misma suerte que los infelices compañeros.*”

Voy á apropiarme las palabras que una mujer indignada, en el drama inmortal de Camprodón, dirige al miserable que pretende insultarla relatando las acciones de su rival.

“VOS MISMO HABÉIS CONFESADO
QUE EL HOMBRE QUE OS HA HUMILLADO
VALE MUCHO MÁS QUE VOS.”

Seguiré mi tarea:

“¡Ojalá y en otro tiempo, cuando el invasor norte-americano profanaba nuestro suelo (*¿este otro no era invasor ni profanaba nuestro suelo?*) se hubiera peleado con tal intrepidez y constancia.....”

Primero recojo las palabras “*intrepidez y constancia*” para hacer uso de ellas á su debido tiempo, y después pregunto: ¿Quién os ha dicho ¡menguado! que cuando la intervención norte-americana no hubo intrepidez y constancia? ¿Cómo le llamará Córdoba entonces á las acciones del Molino del Rey, á la defensa de Churubusco al combate de 40 contra 400 y al de la Angostura?

¿Supondría que el odio al tirano dominaba el sentimiento de gratitud al patriota? Ahí está para desmentirlo la Historia. Año por año, sin interrupción, (aun en medio de nuestras convulsiones políticas), Juárez, Lerdo y Díaz, han depositado la corona del recuerdo nacional en el monumento levantado á la memoria de los defensores de la Patria en los años de 1846 y 1847.

Santa-Anna, como Alteza Serenísima, mereció nuestro desprecio; como mutilado en la defensa de nuestra nacionalidad, es acreedor á nuestra gratitud.

El partido liberal ha sabido distinguirse por la nobleza de sus sentimientos. Respecto del partido á que perteneció Córdoba, somos el aceite en la pretendida mezcla con el agua.

Necesitaría dar tregua á mi indignación mal contenida para poder con calma seguir al historiador en el relato de los acontecimientos del día 25; pero tengo por fuerza que hacerlo sin tomar resuello para teger con sus mismas flores la corona que ostentarán orgullosos los defensores de Santa Inés y del Pitiminí.

“Día 25.—Los graves acontecimientos de la víspera no eran más que preliminares (*¿pero no inicuos?*) de los no menos desastrosos que debían tener lugar en este memorable día. Concertado como indiqué antes el ataque del convento de Santa Inés, á poco más

de las seis de la mañana estallaron dos minas que los franceses habían establecido al pié del muro occidental de la huerta de dicho convento, con el objeto de abrir una brecha capaz de que por ella penetrasen las columnas destinadas al asalto. (*¿No sería con la criminal intención de sepultar entre escombros á combatientes que habían demostrado valor, y no tener por lo mismo con quien pelear al apoderarse de un punto que sólo el hambre hizo abandonar después?*)

Las minas no produjeron todo el efecto que se deseaba (*ya lo creo, como que aunque los escombros sepultaron á los valientes mexicanos, los que sobrevivieron fueron suficientes para derrotar por completo al enemigo, y el efecto que se deseaba era sepultar á todos*) y la artillería rompió entonces un fuego vivísimo sobre Santa Inés (*supongo en buena lógica que ese ENTONCES fué cuando los asaltantes vieron que aun quedaban en pié algunos mexicanos á quienes hubiera sido más obvio volar con una mina que provocar á un combate. ¿ENTONCES se convencería el Ejército francés de que no podía tomarse por asalto la plaza de Puebla? Ya veremos en su oportunidad lo que dijo Forey*). "..... viendo los franceses la inutilidad de cualquier esfuerzo para desalojar á los juaristas, y al mismo tiempo la imposibilidad de permanecer allí rodeados como estaban de tan grandes peligros, determinaron contramarchar: no era la primera vez, como recordará el lector, que semejantes movimientos presagiaban un descalabro de los franceses; el más trascendental de todos se hallaba reservado para esta vez."

Según Córdoba, sólo 400 zuavos entraron en combate: no olvide este detalle el lector porque es muy importante para lo que voy á decir.

Sólo el odio de partido ó el acopio de maldad han podido asentar con tal descaro, con tan vergonzoso cinismo, tal cúmulo de desatinos que ofenden el sentido común y el sano y recto criterio.

¿Sin pelear estaban los franceses? Estaban seguramente de temperamento en nuestra línea, según Córdoba, hasta que, notando que no era muy provechoso á su salud, *determinaron contramarchar para no permanecer allí rodeados como estaban de tan grandes peligros.*

¿Cómo pueden conciliarse los opuestos conceptos que en tan pocas líneas vierte el historiador? Si no hacían esfuerzo, puesto que permanecían allí rodeados de peligros ¿cómo pudieron soñar entonces en el triunfo? ¿De-

terminaron marcharse cuando nadie los molestaba? ¿Entonces porqué ese movimiento presagió á los franceses un descalabro, *el más trascendental de todos, que se hallaba reservado para esta vez?* ¿Podía ser trascendental el descalabro de 400 hombres, sabiéndose que el Ejército sitiador tenía 43,000, de los cuales 28,000 eran franceses y 15,000 aliados? Si hubo combate y á él solo concurren 400 zuavos, ¿cómo se explica la afirmación hecha en la foja 92 de que *las pérdidas que así el Ejército francés como el de Oriente tuvieron fueron gravísimas?*

Lo que yo me explico, lo que se explicará el lector y lo que el mundo entero también se explicará, es que hay defensas que debían prohibirse, porque si deshonran al que las hace, rebajan el mérito ó la dignidad del defendido, como acontece en el presente caso.

Yo fuí del bando contrario; lamenté como el que más la muerte de mis compañeros de armas, y ni el fanatismo de partidario, ni el resentimiento de hermano, me obligarán á negar á los franceses el título de valientes que, si en otras partes habían merecido, en el asalto á Santa Inés y el Pitiminí, lo compraron con su sangre vertida con un arrojo y un valor tal, que cautivaron nuestro afecto y tratamos á los prisioneros y á los heridos con todas las consideraciones que merecen los héroes. Los documentos que en su oportunidad publicaré honran á los franceses que los suscribieron y honran á los mexicanos que los inspiraron con su conducta.

Córdoba midiendo en el reducido cartabón de sus sentimientos, los sentimientos de la humanidad, creyó sin duda que confesar paladinamente una derrota era vergonzoso, aún cuando en el combate que la precedió hubiera rasgos, hechos y actos, que son un lenitivo á la desgracia sufrida y que el partidario muestra junto á su herida, como para justificar su intensidad.